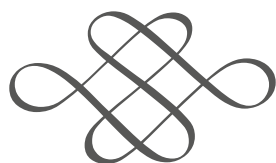


El rejuvenecimiento de la señorita Semaphore

Charlotte O'Connor Eccles

Libros de
seda



C A P Í T U L O 1

Presentación de la señorita Semaphore

Dieron las siete.

El gong del número 37 de Beaconsfield Gardens, en South Kensington, retumbó por los vigorosos golpes del camarero alemán de piernas torcidas. De uno en uno, de dos en dos, de tres en tres, bajaban los inquilinos a cenar; los más sensibles al ruido lo hacían tapándose los oídos.

Ni el más sordo podía no hacer caso del gong. Müller siempre lo tocaba súbitamente, como si hubiera enloquecido o estuviera poseído por algún demonio. Retumbaba tanto cerca como lejos, su eco resonaba hasta la estación de Gloucester Road, y se veía correr a los inquilinos retrasados al escuchar el familiar sonido.

A la cabecera de la mesa principal del elegante comedor, cuyos tres ventanales daban a los jardines, se encontraba sentada la propietaria, la señora Wilcox. Era una mujer rolliza, colorada y de ojos vivaces, tenía unos cuarenta y cinco años e iba vestida con seda negra y un *fichú*¹ de encaje sujeto con un broche de camafeo. Mientras esperaba a sus inquilinos, afilaba, meditabunda, un cuchillo para trinchar.

Junto al aparador se encontraba su marido, el capitán Wilcox, delgado, firme, más joven que su esposa, aunque dominado por ella. Dónde se habían conocido y por qué se habían casado era fuente de inagotable conjeturas en la pensión. Se decía que la otrora señorita Hopkins había

1 N. de la Ed.: Especie de chal.

aceptado para saldar una deuda. Fuera como fuese, el manso y sumiso capitán era, claramente, todo un caballero. Había servido en un regimiento de Lanceros, se metió en algunos apuros y, a sus treinta y ocho años, era una persona de poca importancia en la pensión de su esposa..., mucho menos que la imponente cocinera.

Aunque nunca actuara o se le viera como un patriarca, el nombre y la autoridad del capitán Wilcox eran frecuentemente invocados por su esposa cuando debía adoptar alguna medida desagradable. Era él, por ejemplo, quien insistía con firmeza en no conceder crédito alguno, era también responsable de que ciertas personas recibieran su aviso de desalojo y estableció la impopular norma de apagar las luces del salón exactamente a las once. Era, en una palabra, el *Jorkins*² de la casa. Aparte de esto, ocupaba un pequeño cargo en la City, que el hermano de su esposa le había conseguido, ayudaba trinchar la carne a diario y se ganaba su propio sustento.

2 N. de la Ed.: Personaje de la novela *David Copperfield*, de Dickens. Socio del señor Spewlow, quien lo utiliza como argumento para quitarse la responsabilidad de sus decisiones.

Además de la mesa principal, había en el comedor varias más pequeñas, en las que se acomodaban entre cuatro y ocho personas. Hacia una de ellas se dirigían algunos hombres y mujeres relacionados con esta historia. Primero estaba la señorita Augusta Semaphore, una mujer alta, esbelta y de aspecto algo ácido, de unos cincuenta y tres años. Justo detrás, muy de cerca, la seguía su hermana, la señorita Prudence, diez años menor, acostumbrada a ser tratada como una niña. Prudence llevaba un flequillo que le caía sobre los ojos en rizos sueltos y serpenteantes que, con la humedad, se volvían mechones desordenados. Robusta y rubia, tenía una sonrisa un tanto tonta y, como correspondía a su papel de niñita atolondrada, un aire y gestos zalameros.

Sus vecinos de mesa eran una espléndida pareja, el señor y la señora Dumaresq; el señor Lorimer, un joven tosco de buena familia y de un patriotismo ciertamente agresivo; el mayor Jones; la señora Whitley, una dama menuda y remilgada, de reciente y doloroso refinamiento; y, por último, una mujer corpulenta y dominante,

con una mirada terrible, de quien vagamente se decía que había obtenido un título en medicina, quizá de curandera, en América.

—Agradecemos al Señor los alimentos que estamos a punto de recibir —rezó la señora Wilcox.

Con un rechinido acompañado de un crujido, unos treinta y cinco inquilinos arrastraron las sillas. Levantaron las tapas sobre los platos y comenzó el murmullo de charla insulsa y superficial.

Como de costumbre, comenzó con amables preguntas sobre la salud de unos y otros; en las pensiones suele ser así. A nadie le importa un comino la salud o las dolencias, pero de todos modos preguntan por ellas con exasperante regularidad, sin mayor interés por la respuesta.

—¿Cómo sigue de su resfriado, mayor Jones?

—Mucho mejor, gracias, señora Dumaresq.
¿Y su neuralgia?

—Mucho peor. No pegué ojo en toda la noche.

—¿Está tomando algo para eso?

Y así sucesivamente, por los siglos de los siglos.

Los recién llegados al 37 de Beaconsfield Gardens intentaban, ocasionalmente, conversar con los demás. Al principio parecían animados, vivaces, llenos de buenas historias e ingeniosas réplicas. Los demás los escuchaban en silencio, aunque con frecuencia se ofendían. Allí no se fomentó nunca la conversación como arte. Era triste observar cómo, tras solo una semana, como mucho quince días, los nuevos conversadores se quedaban sin palabras y se sumaban a las trivialidades y lugares comunes de sus vecinos.

Los huéspedes, todos personas respetabilísimas, leían el *Daily Telegraph*, votaban por los *tories* cuando tenían oportunidad, compartían la profunda creencia del británico de clase media de que el silencio demuestra aplomo, buen juicio y mente equilibrada, y consideraban que un silencio acentuado y prolongado era, en sí mismo, una virtud. Apenas eran conscientes, al no ser introspectivos, de que dos tercios de las personas que no hablan, callan por falta de ideas.

En realidad, en un entorno así, era casi imposible encontrar tema de conversación de interés general. Por tácito acuerdo, la política y la religión

estaban vedados, ya que la discusión sobre esos asuntos concluía, invariablemente, en pelea. Aunque los inquilinos leían novelas, no hablaban de ellas, tampoco sentían en realidad interés por la literatura o el arte. Un hombre que hubiera escrito un libro era tratado más bien con indiferencia, pues el inglés —y en este caso, como decía el predicador, me refiero también a la mujer—, por mucho respeto que tenga por la literatura en abstracto, es más bien mezquino con quienes la producen si no son una celebridad; y por supuesto, generalmente son pobres.

—¿*Querreres, corderro, pollo, o ternerra?*
—susurraba Müller, haciendo su ronda tras haber retirado la sopa y el pescado.

—Ternera, por favor —respondió la señorita Semaphore.

—*Ternerra, porr* favor —repitió Müller en voz baja, para memorizar el pedido.

—¿*Querreres, corderro, pollo, o ternerra, madame?*

—Una porción..., una porción pequeña de la... eh... la pechuga —respondió la señora Whitley.

—Res —gruñó el señor Lorimer, y Müller repitió «res», añadiendo un «porr favorr» por su cuenta.

—Lo vi hoy, mayor Jones, pero usted no me vio —dijo con picardía la señorita Semaphore, la más joven, cuando el interés por elegir una carne hubo disminuido.

—Que usted... ¿qué? —preguntó el mayor Jones con amabilidad. Era algo sordo.

—Dije que lo vi hoy, en la City, ¿sabe? ¡Imagínese! ¡Recorrí toda esa distancia sola en ómnibus! Hay una tienda de gangas en St. Paul's Churchyard, y usted pasó justo cuando yo doblaba la esquina.

—No debería ir a la City sola —dijo con severidad la señorita Augusta Semaphore—. Se lo he dicho mil veces, pero es tan imprudente... No es *comme il faut*.

—¿Qué cree usted que le va a pasar? —preguntó el señor Lorimer en tono brusco. Era un joven de instintos combativos y carente de modales, con quien la señorita Semaphore libraba una guerra a muerte aunque, por su parte, perfectamente civilizada.

—Mi querido padre —continuó la señorita Semaphore sin darle ninguna importancia—, que fue un distinguido oficial militar, se oponía enérgicamente a que las jovencitas salieran sin compañía.

—Eso estaba muy bien hace treinta años —objetó el señor Lorimer—, pero hoy en día, si se comporta como es debido, no hay ninguna razón terrenal por la que una jovencita no pueda andar sola a horas adecuadas, una vez que ha alcanzado la edad de la madurez.

—Puedo asegurarle... —empezó la señora Dumaresq con aires de grandeza y elevando ligeramente la voz, como solía hacer cuando quería impresionar a sus oyentes—. Puedo asegurarle que una dama que va de compras sin su séquito, al menos sin una doncella, es algo inaudito en los círculos de la alta sociedad.

En cada pensión de las islas británicas siempre hay alguien íntimo del príncipe de Gales, y en el 37 de Beaconsfield Gardens, esa persona era la señora Dumaresq.

—Sí, todo eso está bien para los horrendos extranjeros —replicó obstinadamente el señor

Lorimer—. No es de extrañar que las damas teman salir solas por las pandillas de rufianes y granujas feos y sucios que les clavarían un puñal solo por mirarlos, pero las mujeres inglesas adultas, en su propio país, pueden hacer lo que les plazca.

—No apruebo que una dama salga sola a ningún lado. Puede que eso lo permitan las personas de clase media —repuso, altiva, la señora Dumaresq—, pero puedo asegurarle, por experiencia personal, que eso es impensable en los círculos de la alta sociedad. Cuando vivíamos en Belgrado, había una tal señora Twickenham que solía comportarse de forma poco convencional, y un día la princesa, una vieja y querida amiga nuestra, la princesa Hatzoff, seguro que han oído hablar de ella, prima hermana del zar, una mujer encantadora muy unida a mí, me dijo: «Queridísima Mimi», siempre me llamaba «Mimi», «¿las damas inglesas, en su propio país, damas de posición como tú o como yo, tienen esta libertad, por no decir licencia, de acción?». Y yo le respondí: «No, Helène, ciertamente no».

Las señoritas Semaphore, la señora Whitley y la curandera escucharon con atención, pero el señor Lorimer no se dejó impresionar.

—Sostengo —repuso—, que este es un país libre y que esas ideas son más que anticuadas.

—Le aseguro que esa opinión no la compartiría la princesa Hatzoff, una mujer que se codeaba con la más alta sociedad, ni tampoco mi queridísima amiga, la exemperatriz de los franceses, señor Lorimer —replicó la Señora Dumaresq con aire grandilocuente—. Sin embargo, no discutamos más sobre el particular. En diplomacia se aprende a evitar asuntos sobre los cuales la experiencia propia difiere de la ajena y, por tanto, es casi imposible lograr un consenso.

Había una acidez contenida en el tono de la señora Dumaresq y una obstinación beligerante en la cadencia del señor Lorimer, lo que llevó a la pacífica señorita Prudence a cambiar de conversación.

—La pobre y querida emperatriz —dijo—. ¡Ay! ¡Cuánto la compadezco!

—¡Oh! Debiste haberla visto en todo su esplendor. ¿Alguna vez fuiste a París antes de la guerra?

—No puede usted esperar que mi hermana recuerde París antes de la guerra, mi querida señora Dumaresq —interrumpió la señorita Semaphore con frialdad—. Ocurrió hace muchos años. Prudence era apenas una niña.

La señora Dumaresq sonrió levemente, pues en los círculos elegantes nadie expresa abiertamente incredulidad ante una afirmación.

—La querida emperatriz era tan amiga mía en aquellos tiempos, cuando vivimos en París... Un día, lo recuerdo muy bien, tras pasar un año fuera, la emperatriz estaba junto a una ventana del palacio con su *aide-de-camp* a su lado, el conde de la Tour... ¿Recuerdas al conde de la Tour, Angelo? —preguntó a su mudo esposo, que asintió con la cabeza—. La emperatriz dijo de repente al conde: «*Mon cher*, ¿quién es esa dama tan elegante y bien vestida que acaba de pasar?». El conde, un buen hombre, respondió: «Oh, su majestad, ¿no lo sabe? ¡Es *madame* Dumaresq!». Esa misma noche nos encontramos en un baile en casa del embajador de España

y la emperatriz se acercó a mí con gran amabilidad. «Imagínate», me dijo, «imagínate, querida *madame* Dumaresq, que no la reconocí esta mañana. Hace tanto tiempo que no venía por aquí... ¡Oh!, permítame felicitarla por el exquisito vestido que lleva».

La historia causó gran impresión. La curandera, sentada al extremo opuesto de la mesa, quien tenía un interés muy americano por la alta sociedad, detuvo de inmediato un emocionante relato sobre una amputación y escuchó con mucha atención.

—La emperatriz era una mujer bellísima, pero creo que no era exactamente una jovencita cuando se casó —dijo pensativa la señorita Semaphore, la mayor.

—¡Oh, querida, claro que no! Tenía por lo menos veintiocho o veintinueve años, aunque algunos decían que treinta y dos.

—¿Y qué importa eso? —intervino el cortés señor Dumaresq—. Una mujer hermosa solo tiene la edad que aparenta.

La señorita Semaphore suspiró. Antes de cenar se había examinado cuidadosamente la cara

y había encontrado una nueva arruga. Comenzaba a sospechar que no parecía tan joven como se sentía, pero hizo un esfuerzo por aparentar que tenía veintiocho, como mucho treinta y dos.

—Debe de ser espantoso envejecer —dijo apenas la señora Whitley.

—Hoy en día existen tantos productos para la belleza —comentó el señor Dumaresq—, que ninguna dama tiene que verse mayor de lo que desea.

—¡Pero el uso de cosméticos me parece algo tan odioso...! —exclamó la señorita Semaphore—. Nunca he podido entender cómo alguien puede usar pinturas o polvos.

La buena educación no era precisamente el punto fuerte del señor Lorimer, y en las pensiones la gente suele decirse cosas que en otros entornos solo se les permitirían a los familiares.

—Los tintes... —añadió mirando fijamente el cabello de la señorita Semaphore—, los tintes son, de hecho, los más perjudiciales. Apareció hace días en el periódico un espantoso caso. Una mujer se tiñó el pelo de negro por la mañana y murió esa misma tarde. ¡Ablandamiento

instantáneo de cerebro!, o eso dijeron. El tinte le penetró por completo.

La evidente alusión le dio sentido a la broma, y la curandera, que se preciaba de ser toda una mujer que no necesitaba ayudas artificiales, sonrió efusivamente. No obstante, no pudo resistirse a afirmar que no existía tal enfermedad de reblandecimiento instantáneo de cerebro.

La señora Dumaresq, fiel a su educación diplomática, adoptó una expresión tan seria que hasta un niño habría sospechado que algo andaba mal. La señorita Semaphore murmuró: «¡Qué espanto!», y no percibió la alusión personal, pues jamás se le ocurrió que alguien pudiera creer que se teñía el cabello. Por su parte, la señorita Prudence miró al bromista con toda la ira que su amable rostro le permitió. El mayor Jones acababa de preguntar: «¿Eh? ¿Qué ha dicho?», cuando la señora Wilcox se levantó de su asiento y, a su señal, las damas subieron escaleras arriba, dejando a los caballeros solos con sus puros y su algarabía.